

11. Anexo 2: TM:

Gente sin substancia: Impostura y contingencia de la moralidad en la Amazonía colombiana

Carlos David Londoño Sulkin
Traducción de inglés: Juan David Figueroa

Este ensayo trata acerca de las condiciones e implicaciones de la impostura entre la Gente del Centro (Amazonía colombiana). Examina las descripciones y evaluaciones de la subjetividad moral y la acción, lo que frecuentemente cita elementos de narrativas coherentes y prácticas no discursivas que conllevan su organización social, prácticas de sustento, cosmología perspectivista y concepciones de subjetividad. Argumentaré que las personas están en parte constituidas por sus autointerpretaciones frente a un trasfondo de distinciones de valor entre diferentes tipos de ser, acción y subjetividad, y que las referencias de personalidad de la Gente del Centro reproducen y revelan justamente dicho trasfondo. Mientras arguyo que las explicaciones del comportamiento humano necesitan ocuparse de la autoconciencia de las personas y sus intenciones estratégicas, el ensayo prevé la resurgencia de temas humanistas radicalmente eficaces, dotados con una comprensión global de su propia constitución insistiendo en la contingencia, temporalidad y la *différance* (interpretabilidad abierta de significado), lo que caracteriza los despliegues simbólicos constitutivos de las personas.

Durante mi trabajo de campo entre la Gente del Centro en la Amazonía¹ colombiana me impresionó la gran cantidad de aseveraciones evaluativas que los individuos realizaban, retratándose ellos mismos como personas competentes y admirables, mientras que otros eran ignorantes o maleantes incontrolados. A menudo las representaciones morales de la gente eran rechazadas en algún punto; otras expresarían duda acerca de la veracidad o autenticidad de sus expresiones, particularmente de sus propias interpretaciones, aunque raramente en sus caras. A menudo me preguntaba: ¿Eran los individuos simplemente persuadidos de que ellos eran de hecho seres admirables cuando se retraban como tales? ¿Se describían de tal manera en el sentido de que era estratégicamente ventajoso, ya sea que fuesen persuadidos de que eran o no en realidad seres admirables?

¹ La difusa categoría de "gente del centro" incluye clanes patrilineales de la región media del Caquetá-Putumayo de Colombia quienes hablan Muinane, Uitoto, Okaina, Andoque, Nonuya, Bora y Miraña. Llevé a cabo un trabajo de campo con hablantes mayormente de comunidades Muinane y Uitoto, ubicadas a lo largo de los ríos Caquetá e Igarapará y la ciudad de Leticia, entre los años 1993 y 2008.

Las evaluaciones morales de la Gente del Centro me permiten considerar el tema de la impostura tanto en mis términos como en los suyos. En sus más frecuentes referentes de moralidad y vida social, la impostura - la usurpación de la propia subjetividad moral por medio de subjetividades morales e intrínsecas - era un problema clave y existencial, ligado a las condiciones que constituyen el ser. Desde mi punto de vista, la impostura - presentarse uno mismo como un tipo de persona que no se es, que no se percibe que es, o que no se convence de que es, o de alguna manera aseverando que se tienen ciertas cualidades que uno puede no tener - resulta interesante por tres motivos. Primero, puede que la autoconciencia sea uno de los pecados constitutivos de la impostura, así como una de sus condiciones habilitantes. También creo que las explicaciones de los actos humanos y la vida social deben tener en cuenta lo que las personas comprenden los que son por ellos mismos y lo que hacen. En segundo lugar, la impostura, especialmente cuando es infructuosa, ayuda a identificar que las intenciones y comprensiones que motivan la acción simbólica no determinan los efectos de tal acción². Finalmente, la impostura y hablar acerca de impostores, en mi experiencia, resalta el sentido que la gente aporta a lo que es admirable, valioso, y despreciable en cuanto a la subjetividad, apariencia y acción.

Encuentro que las personas están en parte constituidas por nuestras propias comprensiones e incomprensiones. Llegamos a ser nosotros mismos representando formas lingüísticas y simbólicas socialmente disponibles. Otras iteraciones de estas formas interpelan por nosotros, proveyéndonos oportunamente con las formas y asociaciones mediante las cuales logramos nuestro sentido de quiénes somos y quiénes podemos ser, qué tipo de mundo habitamos y qué cualidades son estimadas o despreciadas. Estas formas nos permiten percibir and clasificar personas, acciones, objetos y apariencias, entre otras, como de un tipo en específico, en términos de distinciones cualitativas de valor. Esto le permite a la gente en este o aquel tiempo o lugar *ser* un hijo observador de Jehovah, un macho man o un cínico callejero, o entre la Gente del Centro, alguien imbuido en tabaco, un hombre productivo quien percibe aspectos de sí mismo o de otros como de clase o vulgares, justos o pecadores, entre otras posibilidades. La gente que emplea otro vocabulario y símbolos puede efectuar distinciones diferentes de valor³. Para los propósitos d este volumen, yo trato este sentido motivador de valor cualitativo como moralidad y lo veo como evaluaciones éticas englobantes de lo que constituye "hacer lo correcto".

² Ver la crítica de la fusión de la intencionalidad y la eficacia de Laidlaw (en este volumen).

³ Esta discusión está en parte inspirada por Taylor (1985: 277-80).

Nosotros mismos - que estamos constituidos en gran medida por el continuo de interpretaciones biográficas, nuestras relaciones con otros, nuestros propios cuerpos, pensamientos y emociones - estamos ligados a las interacciones sociales contingentes e intrínsecamente temporales que hacen asequibles los símbolos que utilizamos. En el proceso intrínsecamente temporal de la socialidad, los grupos recogen ciertas formas y asociaciones más consistentemente que otras. Los individuos citan las formas en cuestión, interpelando y adjudicando sentido a situaciones y a cada uno de ellos, volviendo asequibles nuevamente estas formas para que otros las citen. De esta manera, las preocupaciones centrales de los miembros de un grupo, los asuntos que ellos tienden a ligar a una atención moralmente evaluativa, son también el producto sedimentado (o epidemiológicamente más generalizado) de citaciones contingentes o performativas; sin embargo, a lo que la vida social continua, las preocupaciones morales y estéticas de los grupos y de los individuos cambian.

En este proceso, existe una importante diferencia entre las concepciones e intenciones que motivan la producción de formas simbólicas por parte de los sujetos, así como los efectos de dichas formas. Las personas pueden saber lo que están haciendo cuando emplean diferentes símbolos, pueden tratar de hacerlo, y pueden saber por qué lo hacen, pero no pueden tener realmente una noción clara y general o control sobre los efectos de los que hacen. Las formas que la gente imita a menudo interpelan por otros, pero lo que esos otros hacen de esas interpelaciones - cómo ellos las interpretan y las transforman - no está determinado por las intenciones del interpelador. Estas interpretaciones son contingentes sobre las constituciones simbólicas de aquellos otros y las particularidades de las circunstancias.

Metodológicamente, esta perspectiva aboga por una atención interpretativa por parte de los individuos, ya que son estos - o personas históricas si se prefiere - quienes realmente iteran las formas simbólicas. Esta mirada presupone que los demás individuos son seres pensantes y sintientes a quienes los acontecimientos les importa; asumo esto, reconociendo que ultimadamente no puedo distinguir entre la conciencia de otros y mi propia invención de su conciencia, y que mi entendimiento de los otros siempre se basará en mi (crítico e irónico) entendimiento de mí mismo. El énfasis en los individuos no implica que este sea menos que un enfoque sociológico. Sin embargo, las densas descripciones antropológicas de las instituciones, grupos y categorías también dependen en algún punto en la atención que se le da al entendimiento consciente de los individuos, tal como se expresa en el diálogo

y otro tipo de interacciones.

En este ensayo describiré los más frecuentes citados referentes de la Gente del Centro, concernientes con la personalidad moral, lo cual se vincula a la experiencia fenomenológica, cosmología, organización social y las prácticas de sustento. Encuentro importante subrayar la coherencia y la plausibilidad de estos referentes, ya que sostendré que los individuos de la Gente del Centro produjeron muchos de sus autorepresentaciones morales, críticas y otras acciones no discursivas en parte basados en reflexiones sobre ellos mismos, en términos de dichos referentes⁴. Daré cuenta de instancias de charlas acerca de virtudes, transgresiones e infelicidades, específicamente las que involucran sustancias rituales y alimenticias claves, constitutivas de las personas, un asunto de más preocupación moral por parte de la Gente del Centro, en cuanto a qué contraste entre autenticidad e impostura surgía más a menudo. Finalmente, me dirigiré a la impostura en mi sentido de la palabra, en el caso de un individuo que se retrató como una persona que los demás pensaron que no era; su infructuosa citación de formas que en otras circunstancias podrían ser parte de afortunadas actuaciones, resaltó rigurosamente dichas formas.

Producción de moralidad de la Gente del Centro

En esta sección presento lo que ha sido una imagen general de la personalidad moral entre la Gente del Centro; es una abstracción y un resumen de las descripciones y referentes que presencié que ellos produjeran entre 1993 y 2008. En esta imagen general, la Gente Real (seres humanos, los más paradigmáticos de quienes usualmente era el linaje o semejantes del clan de quien sea que estuviese contando la historia) era intencionalmente y materialmente formada por sus padres y otro tipo de parientes a partir de sustancias claves de origen divino. La más importante de estas sustancias es la pasta de tabaco, el semen/sudor del Abuelo del Tabaco, la deidad creadora. Otras sustancias claves incluyen el almidón y jugo de mandioca, chiles picantes, ciertas hierbas "frías" y, para los hombres, *mambe*⁵. Estas sustancias eran los componentes principales de la carne y fluidos corporales de la gente bien hecha; siendo agentes por ellos mismos, las sustancias "hablaban", y sus discursos constituían los

⁴ La Gente del Centro estaba viva y bien al momento en que yo entrego este ensayo para sus toques editoriales finales - Julio de 2010. Insisto en la utilización del pretérito en mis descripciones con el objetivo de ser coherente con mi énfasis en la contingencia, y especialmente en la temporalidad, de los despliegues simbólicos que constituyen en el continuo de la vida social.

⁵ *Mambe*, también conocido como coca, es el término en español para un polvo verde ligeramente estimulante hecho de hojas de coca tostadas y cenizas de hojas de Ceropia. Los adultos que la consumían eran llamados *mambeadores* (*mambeador* en singular) y el círculo exclusivamente masculino de asientos donde ellos la consumían era ritualmente conocido como *mambeadero*.

pensamientos y emociones de las personas⁶.

Los pensamientos y emociones morales que provenían de buenas sustancias llevaban a la gente a hablar y de alguna otra manera a interactuar con otros sociablemente. El hombre Muinane Pablo, por ejemplo, me explicó que la estima que uno sentía por un pariente cuando uno lo miraba no era más que su tabaco - el tabaco constitutivo de nuestros cuerpos - reconociéndose a sí mismo en los cuerpos de otros diciendo: "este es mi propio cuerpo". El término Muinane para este tipo de reconocimiento era *ésikinihi*, que denotaba tanto "recordar" como "distinguir adecuadamente". Pablo y otros pobladores también me contaron en diferentes ocasiones que el tabaco podría decir "mi hermano". Esto hacía parte de su explicación del discernimiento pensamiento-emocional de los parientes, concebido como una experiencia de recordar o acordarse de que alguien era de hecho pariente. El supuesto enunciado del tabaco "mi hermano" era el término vocativo para dirigirse a un pariente suyo y una referencia metonímica a un trato cariñoso y respetuoso para él en general. Otras sustancias también participaban en la creación de la subjetividad moral: la albahaca, por ejemplo, y otras hierbas "frías" creaban un estado de tranquilidad de la mente y motivaban a las mujeres a trabajar duro para alimentar sus familias.

Las sustancias adecuadas también llevaban a las personas a buscar nuevas formas de producir nuevas generaciones de Gente Real con cuerpos sanos y competentes y emociones-pensamientos sociables que les permitirían vivir bien juntos y perpetuar el ciclo. La Nueva Gente fue hecha a partir y mediante la agencialidad de las sustancias adecuadas: el semen adecuado (entendido como otra forma de tabaco) provenía de un hombre que se comportaba bien y que cuidadosamente evitaba prácticas y comidas contaminantes; los alimentos adecuados eran consumidos por la madre durante su embarazo y por el niño a lo largo de su vida pero especialmente durante los primeros años; y el agua fría y saludable, la cual era recomendada para bañar al niño. Los niños también eran sometidos a numerosos rituales para formar cuerpos, los cuales incluían una variedad de sustancias que eran incorporadas o impregnadas en el cuerpo.

Al paso que las personas crecían, sus acciones y las de otros inculcaban competencias y defectos en sus cuerpos. El hombre joven que tejía un canasto, o preparaba *mambe*, o ayudaba a talar árboles en el bosque por primera vez tenía que trabajar diligente y cuidadosamente, sin pereza o descanso pero

⁶ La Gente del Centro no hablaba acerca de pensamientos o emociones como tipos mutuamente distintos de entidad o experiencia.

también sin prisa, ya que su comportamiento, destreza y velocidad encarnarían en su labor y de ahí adelante trabajaría de la misma manera. Si dejaba el canasto sin terminar y se iba a dormir, esto se haría parte de su cuerpo y su manera de trabajar, y sería por siempre un lento e inconsistente tejedor. La joven que era perezosa y que a menudo veía interrumpidos sus primeros intentos de rallar mandioca también incorporaría en sus prácticas esta manera defectuosa de proceder. Mi amigo Lázaro una vez me habló acerca de su propia eficacia y velocidad al momento de preparar sal vegetal para su pasta de tabaco, diciendo que él era así porque "así era como entendía (o se preparaba)"; es decir, así era como su propio cuerpo había sido formado. Ellos comparaban explícitamente el proceso de encarnación de las destrezas y actitudes con el de hacer alfarería; los cuerpos, así como las ollas, se endurecerían y tomarían forma de acuerdo a los rasgos atribuidos en las primeras etapas de fabricación.

La Gente Real bien hecha era capaz de contribuir con una vida en comunidad placentera. Esto involucraba idealmente vivir en asentamientos patrilineales muy unidos, en donde hermanos, padres, mujeres prontas a casarse y niños se relacionaban respetuosamente y cariñosamente ya que tenían sustancias adecuadas dentro de sí, donde hubiese abundancia de comida y sustancias rituales, ya que los cuerpos de la gente eran formados adecuadamente y de esta manera eran saludables, trabajadores y productivos, y donde los rituales eran frecuentes y agradables. En dichas circunstancias, las emociones y pensamientos de la gente y estados del cuerpo en general serían "fríos", un término que agrupaba las virtudes y estados de tranquilidad, sensatez y bien estar corporal⁷.

El logro de la buena vida y la producción de Gente Real nueva era alcanzado pese al cosmos hostil circundante, cuya gran mayoría de habitantes estaba ansiosa por sabotear la existencia y reproducción de la Gente Real. Los animales, en particular, temerosos de la depredación humana hacia ellos y celosos de las formas productivas morales y comunidades, eran la causa y el origen de muchas tribulaciones humanas. Ellos también habían sido creados por el Abuelo del Tabaco. A principios de la creación, ellos habían sido humanos en apariencia, y como la Gente Real venidera, ellos recibían tabaco y consejo del creador. Sin embargo, a diferencia de la Gente Real, los animales no atendieron las prescripciones del creador. Ellos se portaban mal de numerosas maneras, y por lo tanto no podían alcanzar la existencia fría, placentera, productiva y sociable que la Gente Real eventualmente alcanzaba. Eran de diversas maneras somnolientas, perezosas, cachondas, incestuosas, indiscriminadamente juguetonas, confusas, hoscas, asesinas, o de alguna otra manera malhechores y corrompían sus tabacos. El creador indignado los transformó entonces en sus formas bestiales,

⁷ Ver Lambek (en este volumen) en la muy similar referencia de Aristóteles acerca del cultivo de disposiciones virtuosas.

asignándoles sus corruptos y patogénicos tabacos para siempre y advirtiéndoles que de ahí en adelante serían el juego de la Gente Real. Desde entonces estos seres emplearon sus sustancias y otro tipo de parafernalia defectuosa en contra de los seres humanos, quienes se vieron luego obligados a llevar a cabo rituales para extirpar las sustancias malvadas entre ellos.

Las historias de la Gente del Centro sobre estos temas exponían ciertas premisas perspectivistas: esto es, que cada tipo de ser percibía los miembros de su especie - otros con cuerpos como el suyo - como humanos, y aquellos de otras especies como no humanos. Así que un animal podía de varias maneras depositar su subjetividad - convirtiendo la sustancia en un miembro de la especie humana y causar que la persona pensara, sintiera y se comportara hacia otras personas como un animal lo haría hacia sus co-específicos. Esta era una manera común de explicar la violencia y la ira; la gente atribuía la ira de otros a la subjetividad de los animales: por ejemplo, recuerdo una mujer gritando en llanto a su marido, quien hacía pocos momentos la había maltratado, que él tenía un animal de grandes colmillos dentro y que debería matarlo. Sin embargo, es por este perspectivismo que en casos como este la afirmación no era que la gente enfadada percibía a otros como cuerpos animales, lo cual hubiese sido fenomenológicamente improbable como explicación de las tribulaciones cotidianas, sino que la persona percibía a otras personas de la misma manera que un animal percibía sus co-específicos - es decir, como humanos - pero que fallaba al tener los pensamientos/emociones amorosos y humanos que la Gente Real tenía. En cambio, solían abusar de sus compañeros de las diversas maneras en que el jaguar, el coatí u otras bestias maltrataban a los suyos⁸.

Sustancias, organización social y sustento

Las más frecuentes preocupaciones morales de la Gente del Centro concordaban con este cuadro general del cosmos, personalidad y vida social; muchas de ellas estaban articuladas en términos de la composición corporal de las personas, particularmente si sus acciones manifestaban sustancias humanas o inhumanas. En estos términos, hablaban de si la gente parecía placentera o saludable como para vivir con ella, o productiva, conocedora o competente, si sus pensamientos/emociones - especialmente su ira - eran verdaderamente humanos, y especialmente si se habían comportado adecuadamente como los familiares deberían. La Gente del Centro citaba esta imagen poco a poco en muchas de sus actividades, así como en sus referentes de los consejos que los niños deberían recibir,

⁸ Ver Viveiros de Castro (1998) y Londoño Suklin (2005) para discusiones más amplias acerca del perspectivismo.

los pleitos entre ellos, una variedad de rituales y algunas de sus prácticas de sustento y de organización social.

La imaginería del tabaco, el yo y la membresía grupal infundían la charla y otras prácticas que reproducían el énfasis patrilineal de la Gente del Centro. La terminología del parentesco favorecía la patrilinealidad, aunque también postulaba la transmisión de parentesco entre líneas femeninas y masculinas. La patrilinealidad tenía implicaciones colectivas: la mayoría de esta gente habitaba en asentamientos constituidos por grupos masculinos de hermanos con sus hermanas no casadas, sus esposas, sus hijos y cada uno de sus rituales de danza era organizado como un intercambio de comida y servicios esotéricos entre el segmento del patrilineaje anfitrión y los patrilineajes de invitados quienes asistían a cantar y bailar. A menudo articulaban su patrilinealidad en términos del tabaco, señalando que, por ejemplo, los cuerpos de los miembros de sus linajes estaban constituidos por las distintas clases de tabaco de sus ancestros patrilineales. Dada la naturaleza subjetiva y creadora del tabaco, la consubstancialidad implicaba que las personas del mismo clan, especialmente del mismo linaje, compartían los mismos pensamientos/emociones e inclinaciones morales; en un encuentro de clanes que hablaban diferentes lenguas, recuerdo que varios hombres enfatizaron mediante sus discursos que su tabaco y por ende sus pensamientos/emociones eran "los mismos" y que por lo tanto todos compartían un mismo propósito. En otras ocasiones, en la privacidad de su *mambeadero*, un grupo de hombres enfatizaban ahora en la diferencia de su propio tipo de tabaco y las consecuentes diferencias entre sus propias maneras virtuosas y aquellas de otros linajes y clanes.

En una conversación con un hombre muinane, él manifestaba que evaluaba la virtud de las posibles vías de acción en términos de valores relacionados con su referente del yo masculino en relación con la patrilinealidad. Ariel, manifestaba problemas con su hermano mayor y notoriamente autoritario llamado David, y decía que venía pensando en desarraigarse y dejar el asentamiento. No obstante, también manifestaba que sabía que los hermanos deben permanecer unidos y temía por la debilidad que sobrevendría de estar alejado de su patrilineaje. A lo que leo sus declaraciones, él temía en convertirse en un agente menos capaz y menos admirable.

La centralidad de las sustancias cultivadas para el entendimiento de la personalidad moral de la Gente

del Centro estaba vinculada tanto a su discurso de prácticas de sustento como al cultivo⁹. De hecho la manera en la que los *mambeadores* muinane hablaban acerca de la moralidad de prácticas era situándolas en un "sendero frío" metonímico, cuyo referente literal era el sendero que llevaba desde la *maloca* - la amplia y multifamiliar casa residencial y ceremonial - a la chagra o jardín en donde llevaban a cabo el trabajo vital de cultivar tabaco, mandioca y otro tipo de cultivos claves. Referentes abstractos planteaban que las personas debían "permanecer en el sendero frío" y nunca extraviarse de él, o si no caminarían sobre espinas; esta era una prescripción orientada a los jóvenes para que no buscaran conocimiento o alguna otra empresa distinta a aquella que conllevara a la producción de abundancia de material deseable. "Extraviarse del "sendero frío" hacia la jungla era característico de búsquedas malhechoras tales como la brujería y relaciones adulteras, y "caminar sobre espinas" correspondía a las tribulaciones que resultarían de la criminalidad.

Otro tropo horticultural concerniente a la personalidad moral era el de los canastos; la Gente del Centro tejía una amplia variedad de estos canastos, que iban desde algunos hechos para ser hermosos aunque resistentes, hasta otros hechos al azar para uso inmediato y apresurado. Éstos eran usados para transportar hojas de coca, mandioca, tabaco y demás cultivos. La cavidad abdominal y torácica del cuerpo humano es también un canasto, el "canasto de conocimiento". Un canasto de conocimiento elaborado adecuadamente era adecuadamente tejido mediante rituales esotéricos, ya que las buenas palabras permanecerían allí y no se caerían; también debe ser mantenido limpio por medio de prácticas dietéticas, vómito diario y el buen consejo. La productividad y otras características de una vida deseable eran evidencia de que el canasto de conocimiento de una persona era real y no una versión animalística.

El conocimiento moral - siendo en un tropo parte del "sendero frío" y algo guardado en los canastos de conocimiento en otro - incluía mitos, encantos, protocolos de danza-ritual y canciones, a lo cual la gente afirmaba que eran utilizados para crear prácticas efectivas de cultivo, para formar, alimentar y curar personas, para cazar y producir un clima propicio para las empresas humanas. El conocimiento de este tipo estaba intrínsecamente ligado al tabaco y la patrilinealidad. En primera instancia, cada patrilineaje tenía su propio conocimiento y responsabilidades rituales; segundo, el tabaco patrilineal era la fuente de encarnación del conocimiento y supuestamente lo que hacía de ese conocimiento algo

⁹ La Gente del Centro subsistía principalmente de la caza, la pesca, recolección y la horticultura de corte y quema.

efectivo.

Un aspecto importante de todas las sustancias claves - y así de la personalidad - en relación con el sustento, era que su capacidad más sobresaliente era la acción predatoria. Esto era particularmente así para el tabaco. En muchas narrativas, aparecía como un ser virtualmente omnisciente, invulnerable a todo mal y amenaza, lo cual podía proscribir, quemar, cocinar o matar. Siendo un componente central de los cuerpos de la Gente del Centro, el tabaco generaba su conciencia y su capacidad de acción en el mundo, un tipo de acción que más bien involucraba transformaciones predatorias. La Gente del Centro asociaba una gran cantidad de prácticas de sustento y rituales, tal como la desforestación del bosque para crear chagras, curar a los enfermos, elaborar herramientas, construir una maloca y llevar a cabo un ritual de danza, a manifestaciones de vida-muerte en contra de los árboles y otros seres del bosque. El conocimiento para llevar a cabo este tipo de tareas era consignado al tabaco, y en sí mismo era algo peligroso. Era algo que tenía que ser adquirido, transmitido y utilizado cuidadosamente y mediante un protocolo adecuado, con el fin de que su capacidad para quemar, matar o dañar se volviera contra el empleador, aprendiz, maestro o su familia. En sus autorepresentaciones morales, los hombres de la Gente del Centro se comparaban con el tabaco, refiriéndose con aprobación hacia su capacidad y sus propias capacidades predatorias.

Aunque si bien la Gente del Centro hablaba acerca de otras virtudes en términos de sustancias: de este modo, la gente debería ser productiva, como el tabaco y la coca; o "fría" y calmada, como la dulce mandioca, ciertas hierbas, y el tabaco; o consistente, como ciertas variedades de ají, entre otras virtudes con ejemplares substanciales.

Sustancias falsas y canastos espurios

Así como la pasta de tabaco y otras sustancias adecuadamente producidas generaban axiomáticamente subjetividad y acciones morales, las sustancias de los animales y otros seres no humanos generaban pensamientos y acciones indebidas. El tabaco adecuado, aunque era una sustancia predatoria, por ejemplo, era también la fuente de la capacidad para reconocer parientes como tales y los pensamientos/emociones consecuentes del cuidado amoroso, mientras que los tabacos de los animales eran la fuente de pensamientos/emociones socialmente destructivos. El hombre muinane llamado Jonás me explicó que el tabaco del jaguar "no dice "mi hermano", una afirmación en el sentido de que el tabaco de las bestias no generaba conciencia de la manera adecuada en que uno debía dirigirse a otro -

una metonimia para cómo uno debe tratarlos - sino que al contrario generaba ira asesina.

Una manera en la que la gente muinane se refería a animales y sus tabacos cuando éstos afectaban subjetividades humanas era como "aquellos que caminan con los nombres de otros": en una palabra, impostores. A menudo les planteaba la cuestión de la intencionalidad: ¿Estaba el malhechor consciente de su crimen? ¿Se reconocía el tabaco foráneo que usurpaba el tabaco de una persona real como malvado? ¿Percibía que era un impostor saboteando intencionalmente la humanidad? Mis interlocutores tenían diversas opiniones al respecto. En algunos casos, afirmaban que cuando una persona se comportaba de manera indebida, los animales del bosque que habían puesto el tabaco falso en la persona reírían; después de todo, ellos odiaban, envidiaban y temían a la Gente Real y querían hacerle daño. Sin embargo, en otros casos el impostor, constituido por el tabaco usurpador hablando por medio del cuerpo de una persona, era persuadido de su propia autenticidad. Mi amigo Pablo me explicó que era por esto que los malhechores fallaban a menudo al ver sus propios actos como crímenes, como gestos que no eran realmente suyos.

Uno de los problemas existenciales centrales para los *mambeadores* era la discriminación de las palabras reales, sustancias y canastos de sus contrapartes falsas. Ellos hablaban, tanto en mitos y como en explicaciones de instancias particulares de acción, acerca de tabacos y otros seres quienes parecían ser reales, pero que no lo eran. La mítica Anaconda de la Comida, por ejemplo, tenía un canasto tejido hermosamente, lleno de abundante y sana mandioca, hojas de coca, tabaco y fruta. Él hablaba hermosamente en el *mambeadero*, y sus palabras se oían sabias y atractivas. Pero aun así nada bueno provenía de ellas; el canasto era un canasto falso, mucha apariencia pero nada de sustancia verdadera. Sus palabras, aunque hablaban acerca de trabajo productivo y abundancia, y que se suponía que debían crearlos, sólo producían lucha y tribulaciones.

El tabaco y la coca de la Mujer Falsa - un ser mítico indiscriminadamente sexual, madre de la vanidad, deseos incestuosos, y otros pensamientos/emociones defectuosos - era muy similar a la mujer verdadera. Los *mambeadores* quienes me hablaron acerca de ella decían que aquellos que hablaban sus palabras sentían que estaban hablando bien, pero que sus palabras se las llevaba el viento, y permanecían "sueltas" y de este modo nunca eran fructíferas. Escuché a algunos mayores muinane culpar al tabaco de la Mujer Falsa por esa preferencia por el conocimiento y las costumbres de los foráneos, contrastándola con la lealtad, perspicacia y sensatez del *mambeador* firmemente sentado,

quien, aconsejado y fortalecido por su propio tabaco, se hace indisolublemente de las Palabras y costumbres muinane.

En numerosos mitos uno que otro tabaco falso exclamaría "¡Yo soy invencible!". Pero luego sería vencido por el Tabaco Real en alguna contienda. Estos tabacos hablaban por medio de los cuerpos y causaban que la gente pensara/sintiera que era Gente Real poderosa, sabia e imbatible, y los llevaba a realizar exclamaciones sin base de tipo enaltecedor. Parte del problema con estos tabacos, como una vez un hombre me explicó, es que su furia algunas veces profanaba palabras que parecían grasosas y deliciosas; era un placer decirlas y causaban un deseo en la gente por seguir usándolas.

El uso que la Gente del Centro le daba al ají en su retórica ejemplifica debidamente su discurso acerca de los fracasos y logros morales, en términos de sustancias, con enunciados en el sentido de que instancias particulares de pensamientos/emociones, discursos y otras acciones revelaban la sustancia adecuada, falsa, o ninguna sustancia. El ají era el opuesto al discurso de la ira, el pensamiento/emoción de más cuidado por parte de la Gente del Centro. La ira era un objeto de gran ambivalencia, ya que era tratado como el más sobresaliente símbolo de la subjetividad animal y también como un indicador de capacidad predatoria.

Según lo que me explicó el muinane mayor Pedro, el ají era picante porque el sol que brillaba sobre él y que había entrado en él. Así como el ají, a las mujeres se les enrojecía la cara en la chagra bajo el sol, y también se calentaban y por consiguiente trataban a otros. No obstante, decía Pedro, se suponía que las mujeres guardaran el calor y la ira que recibían del sol en sus ajíes y ollas de ají, y no dirigirlos hacia sus maridos e hijos. Encarnada en la comida prepara con estos ajíes, la ira de las mujeres podría llegar a la misma carne de la gente, en donde su furioso picante evitaría cualquier peligro.

Sara, la mujer de Pedro me contó que cuando el ambil del ají estaba caliente, otras personas dirían "¡esta mujer está verdaderamente enojada! ¡Está adolorida (picante), como el ambil de ají!" Aún si su ambil de ají, su olla de ají y otras clases de preparaciones con ají no estuviesen calientes, la gente trataría con desdén cualquier tipo de enojo que ella manifestara, diciendo "¿cómo puedes decir que estas enojada, cuando no tienes ajíes picantes?" o "tu ira está vacía... ¡no te has "mostrado" aún!" Esto último señalaría que la mujer no había probado materialmente que tenía pensamientos/emociones adecuados. Uno de los puntos de Sara era que una mujer malhumorada que no había probado que sus

ajíes estaban calientes, mostraba su falta de sustancia moral. Otros podrían señalar que su enojo o sus chismes encolerizados eran vacíos, palabras infructuosas de una mujer holgazana quien no había trabajado tanto como debía. Tal fanfarronería - la cual carecía de una sustancia predatoria subyacente - podría ser tratada con poco miedo, a diferencia de la ira efectiva de alguien constituida por sustancias adecuadas y a diferencia de la verdaderamente peligrosa e inmoral ira de alguien con una sustancia animal dentro.

Sobre impostores improductivos

Las palabras de las sustancias ocasionalmente con los elementos constitutivos de los cuerpos y subjetividades y los productos ya procesados pero aún sin incorporar de las prácticas de sustento, tal como el ambil de tabaco, *mambe* y los alimentos cocinados. Estas sustancias no incorporadas eran consideradas importantes, evidencia tangible de la propiedad de los elementos encarnados. La productividad material era entonces un asunto de preocupación moral entre la Gente del Centro.

Presencí una seria negociación de moralidad en términos de sustancias durante mi primera temporada de trabajo de campo en una comunidad muinane en 1993. La mujer de Jonás, Lilith, anunció que estaba convocando a una contienda de bebida. Había preparado una gran variedad de bebidas de almidón de plátano, en donde la gente formaría parejas e intercambiarían mate tras mate colmado con la bebida en una competencia para ver quién bebería más. Mientras nos dirigíamos hacia la *maloca* (la casa multifamiliar residencial y ceremonial) para beber, David, el líder la comunidad, me explicó que hace varias semanas había arrojado a la puerta de Lilith un cerdo salvaje que había cazado, diciéndole "Aquí están tus chismes". Me cuestioné acerca del asunto y llegué a la conclusión de que Lilith había estado hablando acerca de otra mujer en la comunidad y que esto había generado algunas tribulaciones. El acto de David de darle el cerdo diciendo que el cadáver del animal eran sus habladurías, era un reto complejo y un insulto, al tiempo que también representaba un supuesto favor. Esto básicamente sugería que sus palabras habían sido chismes o mentiras, generadas por la sustancia antisocial de un cerdo salvaje dentro de ella, y que al David darle muerte a este cerdo representaba una transformación y remoción de las sustancias dentro de ella y un violento cambio de éstas en el animal. A medida que interpreto estas afirmaciones, David no estaba exclamando que *ella* se había comportado malintencionadamente, más bien manifestaba que no había sido ella misma sino un yo espurio (impostor) quien se había comportado mal.

Matando el cerdo, David presuntamente la había curado de sus maneras antisociales y básicamente inhumanas. El acto de entregarle la sustancia transformada de sus palabras, ahora en la forma de un juego alimenticio, la obligaba a actuar recíprocamente con el producto de su propio arduo trabajo. Trabajando duro y exitosamente en una labor alimenticia, y produciendo una sustancia tangible y consumible, ella mostraba que tenía una sustancia adecuada - después de todo se manifestaba en su sustancia - y que por lo tanto sus palabras no eran fanfarronerías vacías o un sabotaje animalístico de la vida comunitaria. De la participación en eventos similares concluí que también había habido oportunidad para que Lilith devolviera este acto a David; ¿se encontraría él satisfecho antes que ella, sin poder tragar otro bocado ni beber más de lo que ella ofrecía? Ella podría haberse dirigido a él con desprecio diciéndole que no retara a una mujer real, cuando ni él mismo podía manejar su respuesta.

En cualquier otra parte (Londoño Sulkin 2006: 214) Discuto una anécdota que me parece particularmente elocuente sobre las sustancias en relación con la moralidad, que involucra la impostura en el sentido de una pretensión artificial. Lázaró, un hombre muinane en sus cuarenta y tantos años, describía una conversación que tuvo con el hijo de Jonás, Abel, un joven que llegó al asentamiento de Lázaró. Siguiendo a Lázaró, Abel se dirigió a él en el *mambeadero* diciendo: "Yo ya tengo mando", lo cual constituía una afirmación en el sentido en que poseía conocimiento y capacidades esotéricas. Lázaró le preguntó que quién le había otorgado ese conocimiento y había legitimizado su uso. Abel le contestó con los nombres de cuatro mayores, todos reconocidos más o menos como conocedores. Lázaró entonces le contestó. "Entonces veamos, ¿dónde está? ¿Dónde está eso de lo que hablas?" Esta era una solicitud inequívoca por el ambil de tabaco y *mambe*, las primeras manifestaciones de conocimiento y capacidad de un joven. En esa ocasión la solicitud fue menospreciada. Abel se había mudado varias veces en los últimos años y por lo tanto no contaba con una chagra en donde producir *mambe* o tabaco. Tuvo que admitir que no tenía ninguno, a lo que Lázaró continuó diciendo: "Uno nunca debería decir tal cosa si no se tiene nada que mostrar...y menos a mí, quien te acaba de dar *mambe* y tabaco porque no tienes ninguno. No me hables así nunca más, diciendo basura como esa". Lázaró manifestó que luego había advertido a Abel sobre lo ridículo de hacer tales aseveraciones, solo para luego fallar al sustentarlas, y que Abel había manifestado haber aprendido algo ese día.

Yo conocía a Abel desde que tenía más o menos dieciséis años, y siempre me pareció que quería presentarse como un hombre competente en todas las áreas. Afirmaciones como esta - una forma de

alarde de género- eran bastante típicas por parte de los hombres de la comunidad; en repetidas ocasiones uno u otro hablaba, a la luz de conversaciones conmigo o con un grupo grande de personas, acerca de su vasto conocimiento y excepcional competencia en asuntos esotéricos o de alguna otra clase. En mi experiencia, solo algunos mayores podían hablar confiadamente de esta manera, incluso en reuniones grandes, sabiendo que no podían ser retados. Los jóvenes que trataban de hacer esto a menudo "pasaban", otros hacían entender que reconocían las afirmaciones, o al menos guardaban silencio y no los retaban. Sin embargo, era latente el riesgo de ser rechazado o retado. Los mayores solían referirse en general a "los jóvenes de hoy en día", protestando que éstos se comportaban como si fueran mayores y sabios, olvidando que sus padres aún vivían y que esto meritaba el respeto de sus hijos. Abel parecía un ejemplo de estos jóvenes para mí, siendo más bien intenso que otros en su producción de aseveraciones en cuanto a competencias más allá de su edad.

Siendo un joven de dieciséis años en el asentamiento donde lo conocí, su clasificador tío se refirió a él como "mi sobrino, el del perro blanco", es decir, el débil incapaz de hacer mucho. Años después, en otro asentamiento, se las había arreglado para lograr un puesto como profesor de escuela y hablaba abiertamente en los encuentros de los asentamientos. De las conversaciones que mantuve con Lázaro, sólo puedo decir que encontraba a Abel grosero y despreciaba la manera en que algunos mayores reconocían la competencia de Abel e incluso lo ignoraba en algunos temas tratados en los asentamientos. Fue en el contexto de una conversación sobre este tema en que él me informó sobre la relación que tenía con Abel.

Refractada mediante el referente de Lázaro, la aseveración de Abel - aunque formalmente muy similar a las exclamaciones que él y que otros hombres proferían - me pareció singularmente infortunada. Lázaro rechazaba francamente la presentación y el autorretrato que otros tenían de hombre conocedor, más aún, rechazaba las bases de igualdad que la conducta y las aseveraciones de Abel trataban de establecer. Sin embargo, la anécdota de Lázaro correspondía de todos modos a una serie de citaciones que reproducían un ideal de agencialidad admirable, un ideal que incorporaba el sentido explícito de que la productividad material, específicamente la de las sustancias claves, era la evidencia crítica de oralidad y competencia. La anécdota también tenía otras características interesantes: Lázaro se retrataba él mismo como un mayor sensato y conocedor, quien había encabezado una confrontación en asuntos de aprobación de conocimiento y moralidad. Sus exclamaciones en ese momento fueron afortunadas, si se quiere; de hecho yo lo trataba como un respetable y eficaz en materia de

conocimiento.

¿Era Abel persuadido de que él ya era en realidad un hombre conocedor? ¿O se postulaba así, en las deseadas galas de la adultez, en el sentido de que sus exclamaciones pudiesen ser contestadas y que él no era en realidad, o al menos no todavía, lo que él afirmaba ser? La respuesta muinane más cercana que tuve a esta pregunta fue que cuando Pablo, el hermano de Lázaro, me contó al término de un encuentro en el que Abel se había comportado particularmente altivo, que Abel estaba "enfermo". Él me explicaba que no habían sido las palabras reales de Abel las que le habíamos escuchado producir, sino las de un animal patogénico. Producir tales aseveraciones ostentosas en cuanto a conocimiento y capacidad esotérica eran candidatos para este tipo de acusación, tanto en mitos como en la vida diaria. Si existía algún impostor, era el animal, no Abel.

Contingencia, citacionalidad y moralidad

Una descripción vasta de la existencia social de la Gente del Centro - con quiénes contraían nupcias, dónde y con quién vivían, cómo se expresaban y trataban a otros y muchos otros aspectos de su diario vivir - debían considerar el sentido interpretativo de los individuos de lo que estaban haciendo y qué tipo de ser eran, podrían o deberían ser, en donde este ser era más o menos definido por distinciones articuladas de valor. Las expresiones de este tipo me parecían haber sido formadas, y en cambio haber producido, referentes del yo muy coherentes y fenomenológicamente persuasivos, así como las anteriormente descritas. Ellos manifestaban su convicción de que los cuerpos humanos estaban de hecho constituidos por sustancias cultivadas, y que sus propios comportamientos y los de otros, bien fueran humanos o inhumanos, eran causados por sustancias humanas o inhumanas de origen foráneo.

Los individuos parecían percibir íntimamente el valor moral de las personas, eventos, subjetividades y acciones, en al menos uno de los términos de estos referentes, y así eran motivados por esta percepción. Creo que ellos *veían* que la capacidad predatoria de tipo esotérico - y el agente que venía con ella - era profundamente admirable, y que la falta de productividad, y la ira que venía con ella, era despreciable, tal y como nosotros *vemos* que un hombre es cruel cuando patea un perro o que cierta persona es hermosa. Por "*ver*" me refiero al sentido que los individuos adjudican a la evidencia directa o a la dación de la cualidad moral estética de algo que ellos observan o consideran, un sentido en el cual insisto es producto de nuestras propias concepciones del ser contingentemente constituidas.

Lázaro y otros hombres adultos me expresaron un íntimo sentir de que ellos estaban constituidos por el tabaco, y que había madurado efectivamente como capaces productores de sustancia y como predadores esotéricos. Los jóvenes como Abel mostraban en ocasiones algunas de las mismas formas narrativas y simbólicas, las cuales ponían de manifiesto dichas comprensiones de los mayores. Mi idea acerca de esto, informado por mis preferencias teóricas pero también por los recuerdos de mis propias posturas e imposturas, era que Abel estaba particularmente citando formas - esto es, produciendo formas típicas de autorretrato narrativo, en un contexto institucional - que él y otros habían manifestado anteriormente para pasar casi exitosamente como hombres con cualidades estimables, pero que no daba por sentado el ser de hecho un sujeto virtuoso. Él sabía que algunas personas no lo percibían como tal, pero claramente deseaba ser tratado en esos términos. En general, la gente expresaba clara conciencia de la probabilidad de que sus acciones y subjetividades fuesen cuestionadas y criticadas, ya que de hecho en ese entonces cuestionar y criticar eran prácticas comunes; esto probablemente constituía una motivación mayor para buscar cómo prever que sus subjetividades y acciones fueran tratadas como producto de una sustancia menos que humana¹⁰. De este modo, interpreto las exclamaciones de Abel entre estas líneas, siendo su fabricación reflexiva. No obstante, no encuentro evidencia para sugerir que él mismo era reflectivo y reflexivo en cuanto al hecho de que él admiraba cierto tipo de personas.

La esencia de mi argumento es que la Gente del Centro evalúa la subjetividad y la acción inteligentemente, en ocasiones planeando sus propios gestos estratégicamente o incluso históricamente, pero que esto no implica que eran agentes libres y utilitarios, con una noción radicalmente clara de las condiciones y proceso de su propia constitución. Se trataba más bien de que ellos pensaban, planeaban, evaluaban, se autointerpretaban y desarrollaban sus preocupaciones mediante formas simbólicas adquiridas en la interacción social histórica. Esto a la luz de mi afirmación que los sujetos no deciden qué es lo que les importa, ya que, en mi experiencia, yo no *decido* que cierta persona me parece hermosa, o cierto estilo genial, o cierto acto admirable o cruel. Sólo lo hago, sin dudar, como producto del infinitamente complejo y opaco proceso de convertirme en quien soy, en mi contexto social e histórico único.

No presencié instancia alguna en la cual la Gente del Centro objetara o cuestionara reflexivamente su

¹⁰ Ver Keane (en este volumen) y Zigon (2008: 165) sobre conflictos y rupturas morales que posibilitan la reflexión consciente en asuntos morales/éticos.

admiración por virtudes tales como la capacidad y productividad predatorias. Habiendo dicho esto, deseo evitar la imagen de una cultura monolítica que viaja por generaciones como una masa pesada y estable, programando poblaciones enteras para percibirse ellos mismos y su mundo entero de cierta manera, o para admirar o despreciar ciertas cualidades. Este es un espejismo producido por un gran número de individuos que citan formas más o menos similares en un determinado periodo de tiempo. Lo mismo aplica para cualquier "sistema" de moralidad o ética; es un producto contingente e histórico de gente que usa un vocabulario en particular, estableciendo y reproduciendo ciertas instituciones, y de alguna otra manera, citando formas simbólicas. Algunas prácticas e instituciones simbólicas y no discursivas, y otras formas simbólicamente constituidas son citadas más a menudo, haciéndolas más disponibles por lo tanto más irresistibles. Pero ya que están constituidas por símbolos dependientes de citaciones temporales por personas, no pueden ser perfectamente compartidas o monolíticas, o protegidas de la objetivación o de la rearticulación reflexiva. Después de todo, los eventos contingentes - accidentes, muertes, la llegada de nuevos vecinos con un nuevo vocabulario - puede llevarnos a articular, entender y percibir distinciones de valor de manera distinta.

En sus referentes de personalidad, la Gente del Centro citaba diferentes elementos del referente global que yo he citado, de una manera muy selectiva, transformadora, estratégica o contradictoria. Algunos hacían uso de todos sus recursos simbólicos para interactuar, para crear referentes o para evaluar sus propias o ajenas subjetividades y acciones. Los jóvenes, por ejemplo, a veces producían descripciones francamente admirables de jóvenes líderes indígenas incorregibles quienes robaban los subsidios monetarios dados por el gobierno para las comunidades indígenas y lo gastaban en viajes a los centros urbanos para darse gusto en prostitutas y alcohol, y eran quienes generalmente sabían cómo salir bien ligados en disputas legales, argumentos, debates y demás contiendas con los mayores o con la "gente blanca", dejando a un lado toda sensatez y decoro.

Un ejemplo de una variedad de contestación en los referentes de sustancias y del yo era un caso en el que Jonás, quien había sido brevemente entrenado como un misionero, reflexionaba acerca de las afirmaciones de un protestante evangélico acerca de que su collar con una cruz constituía idolatría. Jonás explicó a los presentes que lo mismo podría decirse de la coca y el tabaco, por cuanto ¿qué eran éstos, si nada más que plantas? Sin embargo, como la cruz, servían para "acordarse de Dios" y "lo hacían sentir más cerca de él". Jonás amalgamaba el tabaco y las deidades cristianas, y objetivaba sus propios pensamientos de manera que se les trababa como si éstas no provinieran de sustancias.

Después de que Jonás se retiró, Pedro, un hombre mayor, manifestó la más prevalente y local ideología semiótica, con sus atribuciones de agencialidad de sustancias, diciendo que las palabras de Jonás perturbarían su propia coca y tabaco, los cuales dejarían de trabajar para él¹¹.

Un ejemplo final es el de la Gente del Centro en el escenario de la ciudad amazónica de Leticia, quienes a mi parecer citaban con menos frecuencia las formas discursivas y no discursivas, las cuales reproducían ideales de personalidad que privilegiaban la membresía en patrilinajes y el cumplimiento con los valores correspondientes. Ahí los hombres se mudaban lejos de sus parientes, más de lo que lo hacían sus contrapartes en el medio Caquetá; las mujeres a menudo elegían, después de casarse, si iban a residir con sus madres y hermanas (Nieto 2006; algo raro en el medio Caquetá), y muchas *malocas* estereotipadas como marcadores auténticos de tradición indígena frente a la aculturación, más que tratarlos como símbolos estructurales de grupos patrilineales.

Las concepciones de la Gente del Centro acerca de las clases de personas que eran, podrían ser o deberían ser, y de lo que constituía la buena vida, estaban casualmente ligados a las prácticas de sustento y organización social. Los cambios en cualquiera de ellos - fuese cual fuese la razón - significaban cambios indeterminados en los otros. Estas concepciones y prácticas eran manifestaciones simbólicas, y como tales, eran materiales, temporales, contingentes y ligadas a la *différance* y a la interpretación abierta en las significaciones que los individuos hacían de ellas. Esto excluye el tratar la vida social y los cambios intrínsecos de la Gente del Centro - por ejemplo, los cambios en sus deseos, sus decretos de liderazgo, o las maneras de construir o participar en las *malocas* - como productos de las intenciones eficaces de agentes dotados con una clara visión y una noción global del proceso. Era así aún sobre la base de sus interpretaciones del yo y de cada uno en que los individuos manifestaban formas simbólicas en las interacciones que constituían sus vidas sociales. Esto es por lo que veo la vida social de la Gente del Centro como un proceso contingente que formaba las reflexiones morales de los individuos, su reflexividad e intenciones, y en las que éstas en cambio significaban un pero casual en las formas fundamentales del rol no teológico¹².

¹¹ Las referencias cristianas no constituían un tema global las palabras moralmente evaluativas de la Gente del Centro, a pesar de la presencia de misioneros católicos desde 1930 y misioneros evangélicos en la década de 1960. La discusión de Keane sobre ideologías católicas (en este volumen) sugiere sin embargo una investigación interesante.

¹² La vida social está sujeta a los efectos casuales de la materialidad de los signos (Keane, en este volumen), pero esto no significa que los seres humanos posean una noción global del proceso. Parto del punto de vista Marxiano (e.g., Bloch 1977), según el cual el cambio social puede resultar de la emancipación episódica de los individuos de la falsa ideología, pero virtud de una capacidad cognitiva humana compartida que les garantiza un acceso claro a un "mundo real" pre simbólico y sin construir.

Agradecimientos

La SSHRC junto con la Fundación Wenner-Gren patrocinaron mi últimas oportunidades de investigación y para escribir; Joanna Overing moldeó mi interés por los enfoques antropológicos de la moralidad; y Jessica Boyachek, Amy McLachlan, Charles Stafford y el editor y contribuyentes a este volumen brindaron pertinentes comentarios a esta ensayo. ¡Gracias!